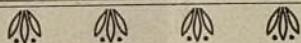


Su Santidad el Papa Pío X

Y LA «OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE»



Roma, 24 de Junio de 1908.

ESTA mañana, á las diez y cuarto, Su Santidad Pío X se ha dignado recibir en audiencia privada una delegación de los Consejos centrales de París y de Lyon de la Obra de la Propagación de la Fe. Dicha delegación ha ido á depositar á los pies del Padre Santo los homenajes del religioso respeto, del afecto filial y la absoluta sumisión de todos los miembros de la Obra al Vicario de Dios sobre la tierra.

«En los albores de este glorioso año jubilar, que ya tan incontables multitudes ha congregado bajo vuestra mano que bendice, dijo M. Saint-Olive, presidente del Consejo central de Lyon y también de los delegados, ya os expresamos, Santísimo Padre, nuestra veneración y nuestros anhelos; pero nos ha parecido que la pluma era incapaz de traducir convenientemente nuestros sentimientos de amor hacia un Padre que trata á la Obra de la Propagación de la Fe como á hija querida.»

Su Santidad contestó agradeciendo á los Consejos su proceder y declaró que sus nobles sentimientos le eran tiempo ha bien conocidos; luego se dignó añadir que la Obra de la Propagación de la Fe ocupaba un lugar importante en la administración de la Iglesia y que su concurso era tan poderoso, que sin él el Papa no podría mantener tantas Misiones.

El Sumo Pontífice hizo alusión á los generosos esfuerzos de los católicos del mundo entero y á las diver-

sas delegaciones de la Obra, y dijo le había consolado muchísimo cuanto sobre este particular le explicó el Presidente; pero que este consuelo se lo regalaba muy especialmente la Francia católica, la cual, á pesar de las numerosas cargas que pesan sobre ella, halla todavía medio de cooperar tan generosamente á las Misiones. Se ha dicho que la Francia es causa de dolor para el Papa; al contrario, le da verdadera alegría. Aquí Su Santidad Pío X elogió con entusiasmo al clero francés; á los Obispos, tan unidos á la Santa Sede; á los sacerdotes, tan unidos á los Obispos; y á los fieles, tan sumisos á sus pastores legítimos. Hay en esto grandes motivos de esperanza, y Su Santidad la abriga firmísima de ver á la Francia cristiana, cual otra ave fénix renacer de sus cenizas.

El Padre Santo experimentaba singular placer enumerando estas señales manifiestas de resurrección. «La persecución es el pan cotidiano de la Iglesia; por lo tanto, si la Iglesia no fuere perseguida, dejaría de ser Iglesia. *Et me persecuti sunt, et vos persequentur.* Evidentemente debemos ser muy pacientes; pero día vendrá en que gozaremos este renacer.»

Su Santidad terminó la pastoral alocución, bendiciendo con paternal afecto á los miembros de los Consejos y de los Comités de la Obra, á los Delegados, Directores particulares, jefes de decena y asociados todos de la Obra de la Propagación de la Fe.

CARTAS DE MISIONEROS

ALTO ANAM

Entre Sedangs y Bahnars

Un joven misionero francés, el R. P. Gustavo Hutinet, que hará unos ocho años partió para la Cochinchina Oriental, encargado de la evangelización de los montañeses del Alto Anam, nos envía esta interesante relación de la manera de ser de sus salvajes feligreses:

CARTA DEL RDO. P. HUTINET, DE LAS MISIONES
EXTRANJERAS DE PARÍS

ACTUALMENTE, gracias á Dios, gozamos perfecta paz. No dudo recordarán cuantos se interesan por esta Misión las dificultades que tuvimos en 1905 con nuestros poco amables vecinos, los Sedangs. Estos feroces montañeses llegaron á ser el terror de nuestros pacíficos Bahnars, y nuestros trabajos de evangelización corrieron grave riesgo de quedar paralizados.

A fines de 1905, uno de los pueblos de esta tribu guerrera me rogó celebrara con él la alianza de *Bà-Kon* (padre é hijo). Yo sería el *Bà* (padre) de dos de sus jefes, y por concomitancia de todo el pueblo, y ellos serían mis hijos.

Esta alianza establece lazos más sagrados quizás que los del parentesco.

Viendo que de ella dependía nuestra tranquilidad y la de nuestros cristianos, acepté. Señalamos día para la fiesta á la cual se dignaron asistir varios Padres amigos míos para darle mayor realce con su presencia.

La víspera del día señalado mis «hijos» abandonaron la montaña y vinieron á mi casa. Los lobos se habían transformado en mansas ovejas. Aquellos feroces guerreros eran niños cariñosos, sencillos, amables, corteses... Un búfalo y buen número de jarros de vino fueron los gastos de la fiesta. Pero antes de anoecer el búfalo fué atado á un gran poste de madera clavado en el suelo, decorado con cuantos adornos es susceptible el gusto salvaje, y allí estuvo regalándose con el espectáculo de las diversiones, que duraron toda la noche. Al rayar el alba fué muerto y despedazado.

Cocida la carne, celebróse la ceremonia del *Bà-Kon*. Conforme á los usos salvajes, sumergiéronse en un jarro de vino una lanza, un fusil, dientes de tigre y colmillos de jabalí, profiriéndose terribles imprecaciones contra el perjurio, quienquiera que fuese, que violare la amistad jurada. Tuve que pincharme el brazo para extraer algunas gotas de sangre que dejé caer en el vino: luego ofrecí la copa á mis nuevos amigos y bebí con ellos. ¡Ya era su «padre» y ellos mis «hijos»!

Desde entonces los Sedangs nos han dejado en paz. Según las costumbres salvajes, si algún pueblo molestara á mis cristianos, cometería igual delito que si me molestare á mí; y toda injuria á mí inferida sería mirada por mis «hijos» como inferida á ellos mismos.

Esta fiesta debió completarse; y otro día, acompañado de algunos Padres, me dirigí al pueblo de mis «hijos», verdadero nido de águilas. Festejárnoslos éstos

como mejor supieron y según todos los ritos: aquello fué hermoso dentro de lo salvaje.

Pero la alegría que nos causaba esta amistad nublábase al pensar que estas pobres gentes continuaban siendo esclavas de Satanás.

El día de su conversión no está lejos; pero actualmente son todas paganas.

Y, sin embargo, el Señor se ha servido de ellas para favorecer la extensión de su reino. He aquí el hecho.

Sabíamos que algunos pueblos del distrito estaban resueltos á abrazar nuestra Religión sacrosanta. Pero uno intermedio, el de Kon-Jakoi, donde dominaban los *espritibus fuertes* de estas tierras, nos cerraba el camino. Por temor á complicaciones, siempre lamentables, retrocedimos aplazando para mejor coyuntura la excursión apostólica.

Sugirióme el Señor la buena idea de servirme de mis «hijos.» Les rogué procuraran acabar con las malas disposiciones del pueblo de Jakoi, logrando que á lo menos fuera tolerante. Y llevaron á feliz término esta noble empresa, de modo que, cuando poco tiempo después, acompañado del P. Bober, llegamos á él, nadie nos molestó, lo cruzamos sin dificultad y avanzamos hasta el pueblo de Kon Tvor.

Los vecinos de este pueblo nos esperaban con impaciencia. Les hablamos de nuestra divina Religión, de la necesidad de abrazarla y de la felicidad y santa libertad de los que la profesan, quienes no están sujetos á las múltiples y penosas prácticas y supersticiones del paganismo.

Oídas nuestras razones, los jefes nos dicen en nombre de todo el pueblo, que quieren ser cristianos.

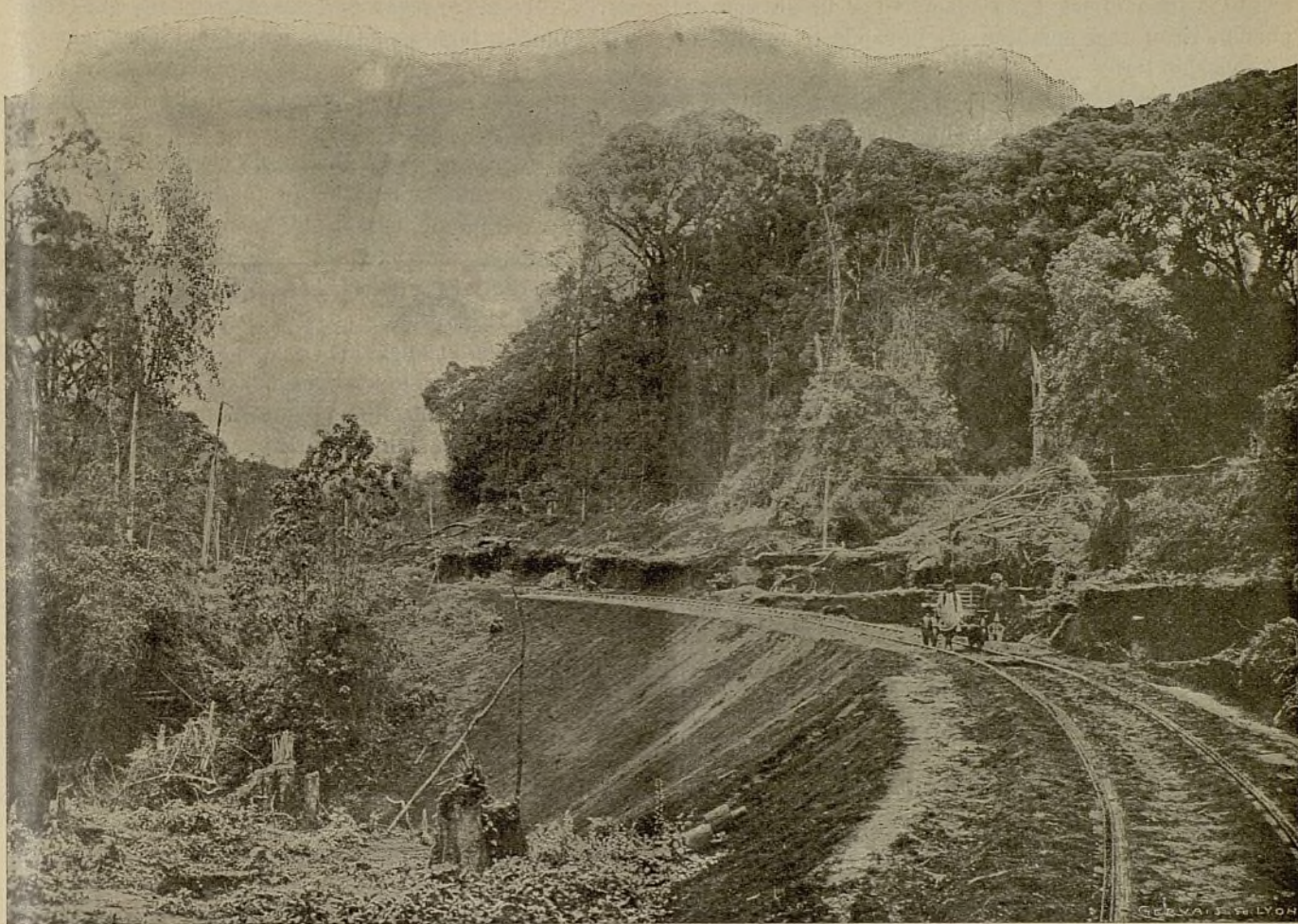
La «columna de los sacrificios» guardada en lo que podríamos llamar Casa Consistorial, fué despojada de fetiches, y en su lugar se colgó un hermoso y devoto Crucifijo. Asimismo se echaron también los fetiches de todas las casas; y fueron á descansar muy frescos entre los guijarros del torrente vecino. Por fin habló la pólvora, anunciando á todo el valle el fausto acontecimiento.

Para completar la alegría sacrificáronse varias reses y vaciáronse no pocos jarros de vino, obsequiándose así mutuamente cuantos celebrábamos la fiesta.

A la mañana siguiente, después de una sesión de vacunación, salimos para Kon-Braih-Dak, donde todo hace concebir halagüeñas esperanzas.

Citaré un solo detalle: en la columna de los fetiches encontramos una medalla de la Santísima Virgen: el P. Jeannin la había colgado en ella cuando su primer viaje por estas tierras. Entonces adivinamos de dónde proceden las excelentes disposiciones de estos pueblos: María ha preparado dulce y eficazmente los corazones.

De allí, siempre remontando el cauce del río Bla, nos dirigimos á Kon-Tomang-Briang. Nos encontramos al extremo Norte de la tribu de los Bahnars, y en los confines de los Sedangs y los Bonams.



AFRICA ORIENTAL. — LA VIA FÉRREA DE LA UGANDA Á CORTA DISTANCIA DE LA ESTACIÓN DE MOLO.—Reproducción directa de fotografía enviada por el P. Cayzac. (Pág. 152)

Las gentes están muy bien dispuestas. No obstante, uno de los jefes resiste. Se niega á abandonar la selva. Salgo á su busca, lo encuentro. Algunas frases cariñosas y las exhortaciones de los cristianos que me acompañan le deciden á volver al pueblo. Conversamos amistosamente largo y tendido y... ¡causa ganada!

Los hombres nos enseñan unos grupos de árboles gigantes donde, según ellos, viven los *xamats* (malos espíritus), á quienes temen mucho. A petición suya, disparamos los fusiles sobre dichos árboles para desalojar á los infelices diablillos, que ¿quién lo duda? al formidable estruendo de las descargas huyeron despavoridos sin parar hasta el otro mundo.

—¿Por qué detenernos en tan buen camino, Padre? me dijo uno de nuestros criados anamitas.

¡Ah! ¡De veras anhelaba seguir adelante! Pero debimos renunciar á ello por dos motivos: primero porque los pueblos que en lo sucesivo hallaríamos hablan un idioma que sólo conocemos muy imperfectamente; y después porque como no están en relación constante con los pueblos cristianos, los creemos poco dispuestos á convertirse. Pero no desistimos de nuestro propósito; nos limitamos á aplazarlo para este mismo año, después de la cosecha.

Regresamos á nuestro pueblo, y al desandar lo andado visitamos otra vez Kon-Braih, Kon-Tvor y Kon-jokoi. Este último pueblo es, como dije, enteramente

pagano. A preparar nuestra entrada enviamos gente de Kon-Tvor y de Kon-Braih, los que convertidos de ayer, van hoy á hacer prosélitos.

El P. Bober y yo hacemos una promesa á la Santísima Virgen y le pedimos ilumine las inteligencias y mueva los corazones de aquellos pobres salvajes.

Anochece. Para no asustarles nos quedamos en la selva, á orillas del río.

Nos acostamos bajo el cielo hermoso tachonado de estrellas, y dormimos tranquilamente, dejando el negocio en manos de la Santísima Virgen.

A eso de media noche regresan los emisarios. Nos despiertan y nos presentan una comisión de habitantes de Kon-jokoi, quienes manifiestan que desean ser cristianos...

Era semana de Pasión, invité á mis nuevos catecúmenos á tomar parte en la solemne fiesta que debía celebrarse en mi residencia de Kon-Long-Bisk el día de Pascua. Además les dije podrían aprovechar el viaje para buscar en las cristiandades vecinas padrinos y madrinas para sus hijos, que bautizaría.

El Sábado Santo por la tarde llegaron á mi residencia. Todos asistieron á las asociaciones y á la Misa solemne del día de Pascua. No comprendían gran cosa del Santo Sacrificio, sin embargo parecían sentir la misteriosa grandeza de las ceremonias.

Hablábamos y reíamos después de la fiesta amistosa-

mente cuando oímos gran clamoreo á la entrada del pueblo. Eran unos hombres que llevaban triunfalmente un soberbio tigre.

Bueno será decir que la víspera regalé á un joven de Kon-Long-Bük estrienina para que envenenara los restos de un perro que el tigre había devorado en parte. Cuando el salvaje animal volvió, acabó su comida... y su vida. La mayoría de mis cristianos no habían visto jamás tigres; su entusiasmo fué indescriptible...

El lunes de Pascua, acompañado de los padrinos y madrinas que mis buenos catecúmenos habían nombrado para sus hijos, fuí á Kon-jokoi.

Mis vecinos, los PP. Gaillard y Decrouille, quisieron acompañarme y prestarme su concurso para la ceremonia de los bautismos.

Unos días después cada pueblo contaba una falange de hijos del verdadero Dios.

¡Estas son las horas felices del misionero! Estos los momentos que hacen olvidar las fatigas y sufrimientos del pasado y le comunican valor nuevo para luchas futuras.

URUBAMBA

Una Misión en Santa Ana

Del R. P. Elicerio Martínez, O. P., es la siguiente carta que entresacamos del último número del *Santisimo Rosario*:

REPETIDAS veces había indicado el P. del Campo la necesidad de dar una Misión en Santa Ana, y los vecinos del pueblo suplicaban que esa Misión se juntase con las funciones de Semana Santa. Vista la razón que tenía el P. del Campo, y atendiendo á los deseos de su gente, determinamos reducirlos á la práctica, para lo cual hicimos llamar al P. Espinosa, que se encontraba en el Cuzco, y yo les prometí trasladarme con tiempo á Santa Ana.

En efecto, el 1.º de Abril salí de Chirumbia cabalgando en una mula que contará ya sus dieciséis veranos (que no siempre han de ser primaveras), y como es natural, á edad tan avanzada no está nada á propósito para jornadas tan largas. Acompañábame un salvaje, por nombre Mariano, y un perrito que atendía al llamamiento de *Cavilucu*; algunos papeles, mis alforjas y unas pastillas de chocolate, era mi ajuar para aquel camino.

Bajamos la senda de Chirumbia alto, pasamos el río, subimos el pajonal de Chirumbia bajo, atravesamos la cuesta de Tarcuyou, descendimos por la empinada senda de Qquello-Uno, vadeamos el río Janatile, traspusimos la sierra de Tunquimayo, y... aquí fué Troya. Serían las cinco de la tarde; teníamos andadas unas ocho leguas, y encontramos completamente interceptado el camino.

Un año justamente hace que en una finca llamada *Chaguares* removiése gran parte del terreno; los árboles, unos caídos, otros entornados, casi todos trasladados de su sitio, se han secado, y en medio abrióse tal derrumbe, que hace casi imposible el paso. Los indios que por allí viven, dicen que aquello es un *castigo del cielo por la vida que los señores de la hacienda*

hacen; otros sospechan que sea el demonio que anda por aquellos lugares suelto, merced al abandono en que ellos están por parte de las autoridades... Lo cierto es que á nosotros nos detuvo ya en el primer día de nuestro viaje.

En el derrumbe se ha abierto un cauce de unos doce metros de ancho por cinco de profundidad, y de continuo está vomitando barro, piedras y troncos de árboles; y esto en una extensión de una legua; desde la cumbre de la montaña hasta el río Urubamba, que aquí llaman «El río Grande.»

A la hora en que llegamos quisimos atravesarlo, pero no fué posible, porque nos estacábamos cada vez más y más, estando á punto de quedar allí enterrados.

—Echaremos la mula adelante, y luego pasaremos nosotros, decía yo al salvaje. Y él, moviendo la cabeza, contestaba:

—*Tera, Pariri, tera*.—No, Padre, no.

Subimos y bajamos varias veces, por ver si encontrábamos algún paso menos peligroso; pero todo estaba intransitable.

Entonces dije al salvaje: Pasaremos de cualquier modo; pero él se encasquetó en su *Tera, tera*, y no hubo quien le hiciera pasar.

Mientras así estábamos disputando, oímos como un gran ruido subterráneo, y al poco tiempo vimos un torrente de peñascos, maderajes y maleza: todo ello envuelto en espeso barro, en que nos hizo retroceder espantados. El salvaje me miraba, abriendo mucho los ojos, y se acercaba con una sonrisa entre maliciosa y triunfante, como diciendo: «¡De buena nos hemos librado!» Y en verdad, que si nos ponemos á pasar hubiéramos quedado allí sepultados, ó, envueltos en aquel rojizo fango, nos hubiera tragado el río en pocos minutos.

Retrocedimos, pues, unos dos kilómetros, y pasamos la noche en la finca, y á la mañana siguiente, después de encomendarnos á Dios y á la Virgen del Rosario, salimos con dos peones que nos ayudarían á pasar el derrumbe. Esos peones, con sus lampas, echaron en el cauce gran parte de tierra seca y algunas piedras, y después de pasar ellos con algún trabajo, me dijeron:

—Ya puedes pasar, Papá; pero ponte á caballo, porque la bestia pasa *na más*.

—Pasaré á pie y luego pasará la bestia.

—No, Papá, no; á caballo *na más*, que te vas á mojar.

—Tengo buenas botas, y no importa.

Pero ellos repetían: *Mánan, Papay, manan; huia-patapi*. No, Padre, no; á caballo. Jalaremos la bestia, y pasa *na más*.

Yo, fiándome más de su valluna experiencia que de mis arrojos, me puse en la mula y entré en el barranco; pero, nunca tal hubiera hecho; porque apenas pisamos lo blando, cuando la mula empezó á hundirse y cayó á un lado, cogiéndome debajo una pierna que con trabajo pude sacar á fuerza de pernear con la otra y con la ayuda del salvaje que inmediatamente se tiró en mi auxilio.

Salí de entre el fango como un espantajo á quien traviesos chiquillos, para divertirse, acabaran de embarrar. Y como estaba tan embarrado y el lodo aquel

era tan pegajoso, apenas podía andar, y supliqué á los peones que me acompañasen hasta el río, para poderme allí limpiar. Por lavarme á mí y á la mula, mi ropa y la montura, les pagué un par de pesetas, volviéndose muy satisfechos; y el salvaje, la bestia y el perrito y yo seguimos caminando, bajo un aguacero más que regular, hasta Saguayaco, en donde la esposa de D. Luis González, amo de la finca, muy buen caballero y excelente amigo, me secó la ropa y nos atendió solícitamente. A las pocas horas emprendimos de nuevo la marcha, llegando á Santa Ana á las cuatro de la tarde del siguiente día.

Con numerosa concurrencia de la capital y de los alrededores se dió principio á la Misión el sábado 11 por la tarde, explicando en ese día lo qué es una Misión y la necesidad y obligación que todos tenían de asistir á ella.

El lunes celebró solemne procesión con el Santo Cristo, y el Viernes se hizo lo mismo con el cuerpo del Señor y la Virgen Dolorosa, colocados en artísticas urnas, y dando la vuelta por las dos plazas de Santa Ana y por la principal del pueblo libre Quillabamba. Este día había aquí más de cuatro mil almas.

El Jueves Santo se verificó la Comunión general, y era de ver durante todo el día, á los que habían comulgado, tapando la boca con el pañuelo, como si temieran que se escapara de su pecho aquel Dios de bondad que había entrado en su alma y á quien tan pocas veces en la vida ellos podían abrazar. Sin probar licor ni apenas alimento alguno, pasaron todo aquel día, con su pañuelo á la boca, con su vela en la mano, con su vista fija en el suelo, sin hablar con nadie más que con su Amigo del alma, con su Padre amorosísimo, con su Creador y su Dios.

El P. Espinosa pasó la semana entera sentado en el confesonario, oyendo á los pobres indios que de más de siete leguas venían á recibir el sacramento de la Penitencia. Y, aunque no fueron las confesiones tan numerosas como suelen serlo en nuestras poblaciones civilizadas, para aquí fué un acontecimiento: pues no llegaban otros años á una docena los que se confesaban, y este año se han dado más de *cuatrocientas cincuenta* Comuniones; se han hecho varios matrimonios, y se reconciliaron muchas familias que estaban años hacía en mal vivir.

Terminó la Misión el día de Pascua con la Misa mayor solemnemente cantada y un sentido y preciosísimo sermón predicado por el P. Guillermo del Campo.

Terminado mi objeto en Santa Ana, regresé á Chirumbia para seguir con mis salvajes y hacer lo posible porque ellos también participen en breve de los frutos de la Redención.

LA MISIÓN DE BINGERVILLE

(COSTA DE MARFIL—ÁFRICA)

Después de las epidemias de fiebre amarilla que diezmaron el Gran-Bassam, el Gobernador de la Costa de Marfil trasladó todos los servicios administrativos en tierras más sanas donde pronto formóse una ciudad. Se la llamó Bingerville, justo tributo de gratitud al célebre explorador Binger, verdadero fundador y primer organizador de la joven colonia. De ella recibimos la interesante carta que publicamos:

CARTA DEL R. P. JOSÉ GORPI, DE LAS MISIONES AFRICANAS
DE LYON

EL trabajo del misionero en Bingerville es complejo y lo integran elementos los más diversos. Prescindiendo del elemento europeo, que en realidad ofrece interés muy escaso, me limitaré á hablaros de la población indígena que se divide en dos clases muy distintas. Negros provenientes de los países vecinos, y Negros indígenas.

Bingerville, antes que el Gobierno estableciera en ella los centros oficiales, era una alta colina vestida de bosque en cuyos claros levantábanse sin orden las miserables chozas de dos pueblos Ebriés. Ha sido, pues, necesario traer de todas partes el variado personal indispensable á una aglomeración de cien europeos y al regular funcionamiento de los servicios públicos de la colonia. De todas partes llegaron albañiles, carpinteros, mecánicos, escultores, pintores, impresores, sirvientes, en abigarrado conjunto. Los hay del Senegal, del Gabon, del Dahomey, de Costa de Oro, de Sierra Leona, del Sudán y de las varias tribus que se reparten la posesión de la Costa del Marfil.

La generalidad de estos indígenas son cristianos. A nosotros nos incumbe la misión de conservar en el bien á los que hasta hoy han sido fieles á los divinos preceptos y de volver al redil la oveja que de él se alejó. ¡Ah! ¡Cuán difícil es á estas pobres naturalezas africanas, buenas en el fondo, pero débiles y viciadas por atavismo, resistir á los fieros asaltos de las pasiones y á la perniciosa influencia del mal ejemplo tan común entre ellos!

Al Este y al Oeste de Bingerville y en las costas de la gran laguna que se extiende paralela al mar, están diseminados minúsculos pueblos de pescadores. Es la tribu de los Ebriés que, hostiles siempre á la influencia europea, son además la raza más inferior de cuantas en mi vida de misionero he conocido.

Viviendo escondidos en sus pueblos los Ebriés han conservado sus antiguas costumbres salvajes y sanguinarias. El veneno, sea medio de ajusticiar ó simplemente instrumento de venganza ó de satisfacer viles pasiones, continúa tan en boga como en cualquiera otra edad. Los sacrificios humanos *oficialmente* ya no existen; pero preguntadle á la noche de qué horrores es testigo cuando reina en estos bosques y qué escenas se desarrollan dentro las chozas cerradas...

Estas son las pobres criaturas á quienes el Señor nos ha enviado á evangelizar. Por muy degradadas que sean, y lo son muchísimo, tienen alma, y en esta alma puede el misionero hacer que brille la centella divina.

Como puede deducirse de la precedente rápida exposición, nuestro campo de apostolado es vasto, demasiado quizás para los pobres medios de acción con que contamos.

Las excursiones apostólicas de pueblo en pueblo son penosas y acaban con las fuerzas del misionero en este terreno africano donde la fiebre reina en todo tiempo y en todas partes. Separadamente de los mayores gastos que ellas causan, es preciso que el misionero al regresar á su residencia encuentre una habitación algo

confortable donde pueda descansar de las fatigas de la excursión y prepararse para otras nuevas. El benévolo lector adivinará que llego á los párrafos culminantes de mi carta.

¿Queréis que os describa mi habitación actual en la cual residimos no uno, sino dos misioneros? La forman tres cuartos (si cuartos merecen llamarse) que en vez de confortable pavimento de madera ó duraderos ladrillos tienen la tierra y las piedras del campo; cada cuarto mide 2'80 metros de lado y es cuadrado, y 2'40 de alto. Naturalmente, durante la estación seca gozamos en ellos de un calor asfixiante; y en compensación cuando llega la época de las lluvias, nuestra casa es el palacio de la humedad. Cada año durante las lluvias torrenciales, encendemos melancólicamente un humilde brasero á la entrada de cada cuarto, y quedamos reducidos por espacio de uno ó varios días á la lamentable situación de peces, conscientemente ahumados. Lo cual será quizás muy poético: pero considerándolo desde nuestro punto de vista, decididamente carece de atractivos.

Otra desgracia. Las temicitas, estas feroces hormigas blancas, cuya misión es reducir la madera á esponja vegetal, y la tela de toda clase ó el papel á coladero, se ceban hace tiempo y con incansable saña en nuestra pobre casa y desgraciadamente también en nuestro humilde ropero. Y el *chalet* amenaza, para día no lejano, aplastarnos bajo sus escombros, y nos precisa servirnos de toda la habilidad del *apache* para salvar de la voracidad de estos emprendedores insectos las piezas más esenciales de nuestros vestidos y esto con frecuencia sin éxito.

Hace unos meses que habiendo logrado arrancar á nuestro Prefecto apostólico, quien deplora nuestra situación pero no puede remediarla, un millar de francos, tomé la resolución heroica de empezar sin demora y á pesar de todos los pesares, una casa nueva, modesta, pero más grande y ventilada que la actual.

Manos á la obra. Ladrillos secados al sol eran la primera materia; un árbol cortado convenientemente la madera. Los trabajos avanzaban á pedir de boca, nos sentíamos llenos de ardor y de esperanza, pero... se acabó el dinero, los subsidios extraordinarios con que contaba no llegaron: suspendan los trabajos. Y vedme cruzado de brazos ante la casa á medio hacer, como el hombre del que nos habla el Evangelio que al nacer el día empezó á edificar, pero que no logró acabar su obra.

¿A quién dirigirme en mis apuros, sino á los caritativos lectores de *Las Misiones Católicas*? Trece años que trabajo en el Africa occidental y hoy es la primera vez que me atrevo á pedir; espero que la atenderán mi primera súplica. Para acabar mi modesta *home* precisas un minimum de 2,000 francos. Mucho es para los tiempos que corremos, ¡pero tantas veces he visto en el Boletín limosnas cual la que á mí me hace falta! quizás me llegue el turno.

Perdonaréis mi atrevimiento, ¿verdad? ¿No es cierto que formamos todos una gran familia, cuyos individuos, dispersos por las cinco partes del mundo, sienten las penas de aquellos que las sufren y gozan las alegrías y consuelos de los más favorecidos?

¿No sois vosotros, en cierta manera, los banqueros del Señor?

Nadie ignora que una habitación relativamente sana es un factor de los principales en la vida del misionero, particularmente en estas costas africanas donde la vida es dura para todos y corta para la generalidad.

La Misión de Bingerville, aunque joven (cuenta apenas tres años y medio) tiene ya su necrología, iba á decir su martirologio. Su primer misionero, el reverendo P. Guinard, á los seis meses de trabajar en ella vióse precisado á regresar á su patria donde, apenas desembarcado, murió. Y si un año después la fúnebre lista no se enriqueció con otros dos nombres, fué que sus dos sucesores emprendieron á tiempo el regreso á Francia, con un mes de diferencia el uno del otro, para restablecer su salud gravemente quebrantada. Hacía unos meses que se había cerrado la Misión cuando recibí orden de ir á sacar del atolladero el carro atascado á la entrada del camino.

Y que esta es la suerte del misionero todos lo sabemos; pero lejos de serle prohibido, es para él un deber hacer cuanto pueda para librarse de estos sufrimientos que le inutilizan, para retardar cuanto pueda el día de esta muerte que arrebatara un obrero á la viña del divino Maestro.

Las grandes lluvias han empezado. Vednos, pues, *reumatizándonos* un año más entre los agujereados muros de nuestra pobre casa, y ahumándonos de tiempo en tiempo según la fórmula que nos hemos prescrito, esperando que un día no lejano *Las Misiones Católicas*—cual arco iris después del diluvio—nos anunciarán la suspirada buena nueva. Y nosotros lo celebraremos de todo corazón, no por nuestro bienestar personal, sino porque esta nueva habitación tan necesaria nos permitirá trabajar con mayor eficacia y más largo tiempo en nuestra obra de evangelización.

NOTICIAS VARIAS

Nagpore (Indostán).

Detalles interesantes.—La Hermana San Andrés, catequista misionera de María Inmaculada, nos escribe desde Chikalda:

«Chikalda es el pico más alto de las provincias centrales de la India: mide 3,700 pies de altura. En él reina la naturaleza virgen. Desde él no se ve pueblo alguno: hacia dondequiera que se dirija la vista sólo se descubren matorrales, poblados de venados, monos y aves de rapiña. La flora es pobre; hay muchos árboles secos; no obstante los hay también muy hermosos y raros, por ejemplo, el llamado *multipliant*, cuyas inmensas ramas se inclinan hasta besar el suelo, para arraigar en él y así sucesivamente extenderse hasta cubrir varios kilómetros. Es un árbol magnífico digno de haber figurado en el paraíso terrenal. Habitamos en un *bungalow* dividido en tres departamentos: las paredes son de barro y están calcinadas; el techo es de paja. Se destaca en la cumbre de un montecillo, entre inmensas plantaciones de café. Estos arbustos, de un color verde oscuro y de un metro de altura, dan á nuestra residencia un aspecto severo. Frente á nuestra residencia se elevan altos montes poblados de fieras que du-



ÁFRICA ORIENTAL.—LOS BLANCOS EN KIKUYU; EL FERROCARRIL DE LA UGANDA: ESTACIÓN DE ELBURZÓN.—Reproducción de fotografía enviada por el P. Cayzac. (Pág. 152)

rante la noche bajan á robarnos perros, carneros y cabras; pero respetan á los hombres.

«A unos veinte minutos de nuestro *bungalow*, las Hermanas de la Cruz tienen un orfelinato para niñas, y, algo más abajo, en una quebrada salvaje está *Mariampur*, habitado por unos sesenta cristianos.

«Los habitantes de la montaña, nómadas, inconstantes, perezosos, de porte asqueroso, á primera vista infunden terror; no obstante son inofensivos y hasta cariñosos. Las mujeres van engalanadas con ricos brazaletes de cuero y cristal, se cuelgan alhajas del cuello, de la nariz, de las orejas y las lucen en todos los dedos de las manos... y de los pies.

No lejos de aquí se hallan las ruinas de un antiguo fuerte construido en 1465 por los persas, á quienes lo tomaron los musulmanes. Luego se apoderaron de él los Marathis hasta la conquista definitiva por ingleses en 1803. Las ruinas ocupan una circunferencia de seis millas. Hay tres murallas. Una de ellas, la primera, desplomóse por tres veces mientras la construían. Cuenta la leyenda que el rey del país tuvo un sueño: apareciósele una diosa prometiéndole su protección *todopoderosa* si le sacrificaba un hombre enterrándolo vivo en la muralla. Al despertar el rey reunió á sus soldados para anunciarles la voluntad de la diosa. Uno de ellos se ofreció voluntariamente en holocausto: fué enterrado vivo entre las piedras de la muralla, y gracias al sacrificio ésta pudo terminarse. Hace cuatro años, habiéndose arruinado un lienzo de

muralla, quedó al descubierto en un nicho ojival el esqueleto de un hombre junto á una *chattie* (vaso en que guardan agua los indios). ¿No es horrible pensar que en la actualidad, á pesar de los esfuerzos de los ingleses, se perpetúa esta bárbara costumbre de enterrar un hombre vivo en la pared principal de toda construcción importante? ¡Ah!... ¡Que aún hoy pueda el infierno reinar en estas infelices poblaciones!... ¡Cuánto tiempo y cuántos milagros de gracia se necesitarán para convertirlas!

Estados Unidos.

El Papalóapan.—Con el fin de hacer navegable este río, que desemboca en Tlacotalpám (Estado de Veracruz), y para que puedan comunicarse por él muchas de las poblaciones de aquellas fértiles comarcas, se está trabajando con mucho empeño en el dragado de este río y de alguno de sus afluentes, especialmente el de Santo Domingo. Van gastados ya cincuenta mil pesos; pero parece que resta todavía bastante por hacer, pues con frecuencia hay que volar con auxilio de la dinamita enormes rocas y grandes escollos, que constituyen gravísimo obstáculo para el paso de los vapores. Vense de ordinario en estos ríos, como en el de San Juan, enormes cocodrilos, que en no pocas ocasiones causan horribles mutilaciones en algún infeliz pescador, que se lanza á aquellas aguas sin tomar antes precauciones muy cuidadosas.



MEMORIAS DE UN SALVAJE

POR EL R. P. JOSÉ CAYZAC

DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO, MISIONERO EN EL KIKUYU (ÁFRICA ORIENTAL)

Con este título el R. P. J. Cayzac nos da interesante y minuciosa descripción de un salvaje del Kikuyu en el período de transformación que actualmente se desarrolla en el África Oriental: infancia, juventud, vejez, etc.

El nombre de KIKUYU hace algunos años era ignorado del mundo entero: hoy es muy conocido y merece serlo. Kikuyu es un país situado á la mitad de la línea férrea Mombasa-Uganda, elevado, de temperatura templada, regado por varias corrientes, fértil, poblado, y de seguro porvenir. Nairobi, su capital, es una ciudad muy importante.

El P. Cayzac tuvo una idea feliz al recoger las «Memorias» de su Salvaje. Dentro de pocos años ya no los habrá en aquella nación, que lo será de gente civilizada y laboriosa.

I. Mi primer nacimiento

Nací en el Kikuyu, en una casa redonda. Era ya adolescente y guerrero cuando los blancos llegaron; actualmente debo tener unos treinta años según nuestro modo de contar.

Guardo un confuso recuerdo de mi primera edad. Pero lo que he observado después en otros muchachos me permitirá daros de ella una idea muy exacta. *Ab uno disce omnes*, como afirman los sabios...

Hacia cuatro días que respiraba el aire ahumado de la casa en que nací, cuando mi madre me sacó á fuera por primera vez.

Hasta entonces, á decir verdad, no ví la luz, pues en nuestras casas no se ve nunca.

Este día hice, pues, mi primera aparición en público, para recibir las felicitaciones de los vecinos y gozar (?) la admiración de las vecinas. Estas últimas muy expresivas... En un instante nos raparon la cabeza á mi madre y á mí. La navaja estaba muy mal afilada. A pesar de mis enérgicas protestas me martirizaron cruelmente.

Mi madre recogió mis cabellos y los guardó cuidadosamente. Andando el tiempo ellos serán un remedio precioso y eficaz para mis ojos enfermos. En seguida volvimos á casa, de donde nos prohibieron salir por espacio de cuatro días.

Pasando este tiempo, recibí la visita oficial de mi padre. Desde mi nacimiento le había sido prohibido lavarse; lo cual, sea dicho entre nosotros, no fué para él ningún gran sacrificio. Hoy se ha lanzado heroicamente al río, y luciendo sus más hermosos adornos—pintado el cuerpo con múltiples capas de almagro disuelto con grasa de carnero—ha venido á buscarnos para tomar parte en el *igongona*, ó sacrificio de acción de gracias. A este efecto se adorna un hermoso carnero: el viejo adivino consulta las entrañas humeantes del animal sacrificado, y es casi un deber de cortesía anunciar el más brillante porvenir: éxito en las batallas, innumerables rebaños, etc., etc.

Acto seguido comen el carnero. Un viejo socarrón me ofrece un pedazo que chorrea sangre y es mayor que yo. Esto, que me irrita en gran manera, hace mucha gracia á los comensales.

Al día siguiente empezó para mí la vida seria. Envuelto confortablemente en una piel de cabra, sólidamente atada á la espalda de mi madre, recorrí los campos para iniciarme en la agricultura. Con toda sinceridad debo confesar que los primeros meses aprecié muy poco las excelentes influencias de esta sana ocupación.

Viendo lo cual, mi madre, pacientísima maestra, extendía la piel de cabra á la sombra de un banano y me acostaba en ella. Mientras mi madre trabajaba la tierra, pasaba yo largas horas contemplando los esplendores del firmamento, ó bien echando puntapiés á diestra y á siniestra. Esto me daba una sed terrible...

Tan pronto supe aguantarme sentado, la cosa varió de aspecto, ya no perdí el tiempo sumido en mi indigna ociosidad. Mi madre tuvo que cortarme un bastoncito y con él, siempre sentado á la sombra de un banano, escarbaba furiosamente el campo de mi propiedad, cuya extensión limitaban mis piernas.

En esta época de mi vida, ya me abrumaban grandes disgustos. Cada día, al anochecer, mi madre me llevaba al río, y por espacio de un interminable cuarto de hora me sujetaba á los tormentos de este que los civilizados de Europa llaman sistema Kneipp.

Ello era para mi bien, no cabe dudarlo; despertaba mi apetito, es muy cierto, pero también lo es que me hacía llorar por todo lo alto.

Mi afición á la agricultura iba en aumento con el tiempo; así que empecé á andar ya no tuvo límites.

Del amanecer al anochecer mi madre y yo estábamos en el campo. No la abandonaba un solo instante: tomaba parte en todos sus trabajos y le prestaba inestimables servicios.

Como mi conversación era bastante limitada, pues, á decir verdad, sólo sabía balbucear «*maito, maito*—mamá, mamá,» ella me cantaba dulces canciones.

Cuando el calor apretaba de firme nos refugiábamos á la sombra de un banano, y allí sentaditos tostábamos maíz y patatas. No tardé en observar que á medida que crecía, *maito* iba olvidándose de llevarme al odiado río... ¡bien cuidaba yo de no recordárselo!

A la caída de la tarde regresábamos al pueblo. Mi madre llevaba siempre cargado á la espalda enorme haz de leña para el hogar ó un saco de hierba para las bestias. Entonces se veía precisada á cambiarme de posición, me colgaba sobre su pecho. Y me gustaba mucho más que me llevara así, porque podía sonreírle á la cara.

Llegábamos á casa al mismo tiempo que los rebaños. Mi padre me tomaba sobre sus rodillas, de donde le escapaba á menudo para ir á jugar con los corderitos. Pero á ellas volvía en seguida, atemorizado por los cuer-

nos y las barbas de las cabras salvajes. Con satisfacción puedo consignar que en esta época ya vestía el traje nacional: un collar de perlas azules... prenda única que compone todo nuestro vestido. No os sorprenda, pues, el que no figure en mis memorias un capítulo intitulado: «Mi primer pantalón.»

El descrito traje nacional y tradicional es de muy buena calidad. No se estropea nunca...

II. Mi segundo nacimiento

En cuanto pude correr por los campos, empecé á encontrar algo enojosa la sociedad de mi madre.

Había observado que ya no ocupaba lugar preferente en su corazón. Ni me llevaba al cuello, como cuando pequeñito, ni me quería consigo. Y hasta si alguna vez tiraba la nariz ó las orejas de una hermanita mía que me había usurpado el derecho de ocupar la piel de cabra atada á la espalda materna, me reprendía con severidad.

En el pueblo éramos unos quince niños de mi edad... ¡Y cómo nos divertíamos todo el día saltando y revolcándonos por el polvo!...

Y nunca ¡nunca! necesitábamos lavarnos.

Algunos años después, celebróse mi segundo nacimiento.

Con vuestro permiso os hablaré de él, porque es una de las dos ceremonias más importantes de nuestra vida salvaje. La segunda se llama circuncisión.

He oído hablar de un blanco llamado Nikodemi, ó algo por el estilo, del cual dicen que se preguntaba: «pero, ¿qué harán esta gente para nacer por segunda vez?»

Pues en Kikuyu, esto se ve cada día. Y es muy sencillo.

Se *finje* renacer repitiendo, á ser posible, cuanto se hizo al nacer, y simulando lo que no es posible repetir.

En mi caso se hizo así: acostáronme en la cama, al lado de mi madre. Aconsejéronme que llorara con todas mis fuerzas, tal como lo hacen los infelices que vienen á este valle de lágrimas. Mi madre me mimaba para secar mis falsas lágrimas y para apaciguar los formidables gritos que lanzaba con todas mis energías. Atáronme al pecho un pedazo de piel de cabra... Laváronme de pies á cabeza, lo que no era todo fingimiento, sino evidente realidad. Me raparon la cabeza, y como la otra vez, mi madre recogió y guardó cuidadosamente mi cabello. Sacrificamos también un carnero, y el viejo adivino fué si cabe más adulador que la primera vez...

Así vine de nuevo al mundo, al mundo kikuyu.

Hecha esta ceremonia quedaba sometido á las leyes, costumbres y supersticiones seculares del país. Había adquirido gran importancia. Si casual ó voluntariamente alguien me quitaba la vida, mi preciosa persona era estimada en cien cabras ó carneros, que debían ser pagados á mi padre.

Por una niña, en el mismo caso, se pagan sólo cincuenta cabezas de ganado, esto es, la mitad del precio de un muchacho.

¡Por esto nuestros padres nos quieren más á nosotros que á nuestras hermanas!

El muchacho de hoy será mañana hombre y guerrero. Defenderá el hogar y será su orgullo. Propagará la familia y perpetuará el nombre y la raza...

Desde hoy mejor seré hijo de mi padre que de mi madre.

¡Pobre *maito*!... Yo la amaba mucho, tan dulce, tan laboriosa y tan paciente! Pero... ¡la pobre tuvo la desgracia de ser mujer!...

III. Vida pastoril

Mi pasión por la agricultura se desvaneció pronta y completamente; entonces me entregué en cuerpo y alma á las tareas más viriles del pastoreo.

Todas las reses del pueblo formaban un solo rebaño, y el jefe de cada familia tenía que guardarlo y apacentarlo seis días consecutivos cuando le tocaba el turno.

Mi padre me tomaba por ayudante, y, armado de largo bastón puntiagudo á manera de lanza, le acompañaba á apacentar el ganado.

Jamás abandonaba él las armas, porque los massais merodeaban por las estepas y por nuestras fronteras.

¡Sentía por él grande admiración! Cuando le contemplaba, firme, brillando al beso de los ardientes rayos del sol las negras plumas de gavilán que coronaban su cabeza, en su diestra larga lanza, en su siniestra descomunal escudo de piel de búfalo, vigilando los rebaños con ojo altanero—sólo acariciaba una idea: llegar á ser cuanto antes un guerrero valiente como él...

Y esperando conseguirlo empezaba á adornarme la cabeza con plumas de aves y á fabricarme escudos de corteza de banano.

En país kikuyu, en el seno de nuestras verdes colinas, no lejos de nuestros pueblos, no corríamos ningún riesgo; pero cuando descendíamos á la llanura, pocos días se pasaban sin alarmas.

Los massais son nómadas que viven de sus rebaños... y de los de su vecino. Afirman que *Ngai*, esto es, Dios, al crear el mundo les regaló todos los carneros de la tierra. Nosotros les replicábamos que no todos los teólogos opinaban como ellos y que nuestros animales no serían suyos hasta que fuesen capaces de venir á quitárnoslos.

Y los bandidos lo intentaban: así es que vivíamos organizados para la defensa.

A primera hora de la mañana, cuando la aurora pintaba el cielo de rosa y nuestros innumerables rebaños empezaban á agitar los cencerros impacientes por salir al campo, un grupo de jóvenes, armados de todas armas, partían cantando á tomar posiciones en la llanura, adelantándose cosa de media hora á los rebaños.

Cuando los massais aparecían á lo lejos, traicionados por los destellos de sus lanzas y por sus enormes tocados de plumas de avestruz, nuestros centinelas lanzaban un grito de alarma que pasaba de boca en boca y se repetía en las más altas colinas.

Si el enemigo era numeroso, los nuestros se replegaban con orden esperando la llegada de refuerzos.

Cuando su número era igual al nuestro, los aguardaban á pie firme y preparaban la defensa. Y apacentando el ganado, yo escuchaba con gozo indecible el ruido

ensordecador de los sables y macanas al chocar con los escudos...

En pleno día y en campo raso no temíamos nada.

Muy á menudo, para distraerse, nuestros guerreros avanzaban mucho por la llanura y dejaban donde mejor les parecía cierto número de animales, desafiando así á los guerreros massais.

Pero, en las noches sin luna los bandidos sabían vengarse; y yo particularmente debí sentir los efectos de su odio.

Pasados los seis días de guardia, quedaba casi en absoluta libertad.

¿Qué hacíamos entonces mis compañeros y yo? Pues lo que hacen los pájaros: cuanto se nos ocurría.

Íbamos al río para divertirnos nadando, ó á pescar enormes anguilas que luego volvíamos al agua porque nuestras costumbres no nos permiten comerlas. Corríamos por la llanura, armados de arcos y flechas, para cazar gacelas y hacer galopar innumerables escuadrones de cebras, exponiéndonos á ser asesinados por los massais. Nos gustaba lo indecible atormentar á los codrilos, á los hipopótamos y hasta á los rinocerontes, aunque á éstos desde respetable distancia.

Cazábamos pintadas (1) para adornarnos con sus plumas, adorno tradicional, pues las del gavilán, que son mucho mayores y más hermosas, están estrictamente reservadas á los guerreros. También cazábamos perdices y pichones—pero aquéllas y éstos no por las plu-

(1) O gallinazas de las Indias, de cabeza pelada, cola corta y patas sin espolones; la especie conocida con el nombre de pintada tiene el plumaje gris azulado con pintas blancas.

mas, sino para comerlos, ya que los bueyes y los carneros tenían igualmente el honor de estar reservados á dichos ilustres héroes...

A medida que crecíamos lamentábamos cada día más nuestra condición de incircuncisos.

Los guerreros nos trataban no ya con orgullo, sino con el mayor desprecio.

Si lograban cogernos por su cuenta—lo que sucedía raras veces, pues, creed, hacíamos cuanto sabíamos para impedirlo—éramos los esclavos de estos señores.

Debíamos prestarles los servicios más bajos y cumplir sus más ridículas órdenes, sin la menor demora y sin vacilación. Si osábamos replicarles que no éramos mujercillas para que nos tuvieran á su servicio, nos rompían un palo por la espalda... Si teníamos la desgracia de hacerles lo que llamaban una «afrenta», como, por ejemplo, el dirigirles la palabra para saludarles antes que ellos hubiesen hablado, ó aceptábamos de su propia mano una patata ó banana que nos ofrecían para tentarnos, y, sobre todo, si en algún caso difícil y desgraciado teníamos el supremo infortunio de andar junto á ellos, nos obligaban á indemnizarles. Las multas eran: un racimo de bananas, trabajar un día en su campo...

En su despectivo orgullo, estos señores nos consideraban como *nyomas*—espíritus, fantasmas. Para ellos todavía no estábamos dotados de personalidad humana. Éramos á lo más «apariciones», como la serpiente, la hiena ó la comadreja; y como estos animales, disfrutábamos de una vaga existencia debida á los espíritus...

(Continuará).

BIBLIOGRAFÍA

La Azucena de Quito ó la Beata Mariana de Jesús Paredes y Flores; vida publicada por el R. P. Augusto Bruchez, redentorista, adornada de un retrato de la Bienaventurada. En 8.º, 320 págs. En rústica, fr. 2.65; B. Herder: Friburgo de Brisgovia.—En la *Introducción* nos muestra el autor cómo el Divino Fundador de la Iglesia, para adorno y perfume de ella y modelo de las almas hace brotar en cada país y en todos los siglos flores celestiales, verdaderas *azucenas*.—Después, en cinco libros describe el celoso misionero la vida solitaria y penitente de la que fué ángel de caridad en el seno de su familia, y en el Ecuador providencia de los pobres, enfermos y desconsolados, y víctima voluntaria por el bien de su patria.

—Con una obra de verdadero mérito literario ha cerrado la Biblioteca «Patria» la primera serie de novelas publicadas fuera de concurso. La novela en cuestión es la novela corta *Blasones y talegas*, original de D. José M.ª de Pereda y en la que, como suya, se muestran gallardos el espíritu de observación, la certeza en el diseño de tipos y el arte narrativo, lleno de esa gracia y colorido que nadie ha podido disputar al inmortal autor de *Peñas arriba*.

—El incansable editor barcelonés D. Gustavo Gili ha emprendido la publicación de una nueva biblioteca que titula *Emporium* y en la que ofrece darnos libros amenos selectos. El primero de los publicados, *El rayo de Luz*, original de Reyes Monlaur, es una de estas obras delicadas que dejan en el ánimo una impresión suave, espiritual, algo que á no temer

pecar de irreverentes compararíamos al deleite de la oración. Son sus capítulos una serie de escenas evangélicas en las que lo que más cautiva, no es la erudición, á veces notable; ni las descripciones, hermosísimas algunas, ejemplo la del último día de la fiesta de los Tabernáculos; ni los caracteres apuntados magistralmente, sino la delicadeza, la ingenuidad artísticamente candorosa con que el autor, alma de poeta, expresa cuanto siente, los magníficos ensueños, las dulces imágenes, los sentimientos santos que en su alma despierta el divino Salvador, Jesús de Nazareth... En el prólogo, Monlaur compara su libro «á los cuadros de los primitivos artistas, pintores desconocidos... almas oscuras que tan bien supieron combinar la sencillez de su fe con la dulzura de sus ensueños,» y la comparación es tan hermosa como exacta. El libro es de los pocos que se leen con gusto y que al releerlos encantan más aún que la primera vez, esto á pesar de que la traducción siendo como es buena no llega á superior; y superior la exigía una obra del mérito de la que elogiamos y recomendamos como se merece.

—*El Terciario franciscano*, por el reverendo P. Fr. Miguel Grau, O. S. F. Tipografía franciscana. Vich.—Pequeño manual destinado á regularizar la vida espiritual del Terciario franciscano y aun de las propias Congregaciones de la Orden Tercera, en el que se encuentra reunido lo más esencial que puede interesarles para facilitar el más exacto cumplimiento de sus obligaciones. Forma un elegante volumen de 250 páginas, y se vende á 1 pta. encuadernado en tela.—M. C. G.

ENRIQUE SIENKIEWICZ

LOS CABALLEROS TEUTONICOS

*(Continuación)**Con aprobación de la Autoridad eclesiástica*

Para no deber nada á su enemigo y tener la conciencia tranquila, el anciano Mateo, que era hombre de principios, aunque en las circunstancias difíciles de la vida los arreglaba á su gusto, había ofrecido á Lichtenstein un hermoso timbal de plata á título de recuerdo y á cambio del deseado salvoconducto.

Así provisto, Mateo había emprendido su viaje á Prusia. Hallábase en el camino de Ortelsbourg, cuando su guía le llamó la atención sobre un anciano de gigantesca estatura, vestido de harapos, que bajaba de una pequeña colina. El desgraciado debía de ser ciego, pues caminaba á tientas con su bastón para encontrar la senda. En efecto, Mateo se acercó y pudo observar que tenía dos agujeros en lugar de los ojos. Además estaba el infeliz horriblemente mutilado: le habían cortado la lengua, y de su brazo derecho, y en el lugar de la mano, pendía un sucio remiendo empapado en sangre... Ahora bien, en este infortunado, vestido como un mendigo y cuya barba descuidada le llegaba casi á las rodillas, el tchèque Chlava, que acompañaba á Mateo, había reconocido á... ¡Iurand de Spychovo!

Al saber Sigifredo de Löwe que el Duque de Mazovia había pedido al Gran Maestre que delegase dos jueces, los cuales de acuerdo con dos jueces polacos, hiciesen una información acerca de lo que había ocurrido en Ortelsbourg, se había apresurado á dar libertad á Iurand... mas ¡en qué estado! De este modo de Löwe había cumplido su horrible promesa: «Irá á donde *sus ojos* le conduzcan, y no podrá hablar mal de los Caballeros Teutónicos ni levantar la mano contra su poder.»

Conducido á su casa, Iurand pasaba los días extendido en su lecho, medio somnoliento, con un crucifijo en su mano válida. Como no podía ver, mas podía oír, había sabido que Zbyszko continuaba sus investigaciones para dar con el paradero de Danusia. Pero muy poca confianza debía abrigar del éxito, pues siempre que se le hablaba de este asunto levantaba el crucifijo hacia el cielo, como si quisiese dar á entender que sólo allí podría encontrar á su hija querida.

Mateo de Bogdanietz contó también á Zbyszko que, después de haber conducido á Iurand á Spychovo, él había vuelto á emprender su viaje á Ortelsbourg, donde, gracias al salvoconducto de Lichtenstein, había sido muy bien recibido y había podido hablar con el capellán del castillo, hombre muy de bien, quien le había contado mil detalles concernientes á las torturas á que habían sometido á Iurand y á la captividad de Danusia.

El verdugo, á quien Sigifredo de Löwe había encargado la mutilación de Iurand, era mudo, pero

sabía, sin embargo, explicar todo lo que quería al capellán por señas, que éste comprendía perfectamente. Así de este modo le había contado que de Löwe le había dado orden de arrancar la lengua á Iurand, de quemarle el ojo que le quedaba y de cortarle la mano derecha.

Este verdugo era capaz de las mayores atrocidades cuando se trataba de un hombre. Si le hubiesen mandado arrancar á pedazos con las dientes la carne de su prójimo, lo hubiese hecho sin replicar palabra. Pero la cosa variaba cuando se trataba de una joven. En este caso ya podría amenazársele con el tormento más horroroso, que no sólo se hubiese negado á obedecer á sus jefes, sino que hubiese arriesgado su vida para salvar la de la víctima. Y la causa de este proceder helo aquí: este ente salvaje había tenido una hija que murió asesinada de la manera más trágica, y su muerte le había enloquecido de pesadumbre y dolor. Así que, cada vez que veía á una joven se le figuraba ver á su hija, y estaba dispuesto á defenderla aun al precio de su propia vida.

Después de haber hecho mutilar al desgraciado Iurand, Sigifredo de Löwe había querido asesinar á Danusia para vengar á Rogerio, muerto á manos de Zbyszko. Mas el verdugo se había ocultado por la noche en la escalera que conducía á la torre donde estaba encerrada la hija de Iurand, y en el momento en que el viejo Sigifredo se dirigía allí para realizar su proyecto salvaje, le había dado tan tremendo puñetazo en el pecho, que le hizo rodar escalera abajo. Sigifredo, que en la obscuridad no había conocido al verdugo, se figuró era un espíritu que le había prohibido el acceso á la torre, y renunció á su sanguinario proyecto. Sin embargo, al marcharse á la guerra de Lituania, había llevado consigo á la infeliz Danusia, vigilada día y noche por la fiel criada de Ortelsbourg; no sabía qué hacer de ella, mas estaba decidido á cualquiera cosa antes que devolverla jamás á Zbyszko; á Zbyszko, á quien odiaba con todo el rencor de su alma cruel é infame; á Zbyszko, que había dado muerte á Rogerio, su discípulo... su hijo.

El buen capellán había dicho también á Mateo que Sigifredo de Löwe, al abandonar á Ortelsbourg, se había dirigido primeramente al castillo de Magnet, que se encuentra en la frontera lituana. Entonces fué cuando Mateo, sin perder un instante, se puso en marcha para Lituania, tanto más cuanto que había sabido que Zbyszko se había dirigido hacia el mismo punto antes que él.

Encontráronse en el campo del príncipe Skirwillo, jefe lituano de gran mérito que vivaqueaba cerca de Kovno.

XXXII

SANDERUS había cumplido su palabra. Originario de Ortelsbourg había conseguido atraerse la benevolencia y aprecio de Sigifredo de Löwe, y le había seguido hasta la frontera lituana siempre en su calidad de vendedor de reliquias.

Un día, después de una batalla durante la cual los lituanos habían logrado dispersar un fuerte destacamento del ejército teutónico, Zbyszko salió de su tienda para ver á los prisioneros, que debían ser ahorcados inmediatamente, y tratar de sacar algo de ellos que pudiese ponerle sobre la pista de Sigifredo de Löwe.

De súbito oye una voz que no le era desconocida y que aullaba descompasadamente:

—¡Señor! ¡señor! ¡salvadme! ¡salvadme!

—¡Sanderus! exclama Zbyszko estupefacto.

—¡Sanderus! repite Chlava no menos admirado.

Y Sanderus, que estaba atado á un árbol, continuaba vociferando:

—¡Por favor! ¡desatadme! ¡Yo sé dónde está la hija de Iurand!... ¡Salvadme!

A una señal de Zbyszko el vendedor de reliquias fué desligado al instante, mas había sufrido tan tremenda conmoción, que cayó al suelo desvanecido antes de poder hablar.

Tras no pocos esfuerzos lograron al fin Zbyszko y Chlava hacerle volver en sí, y cuando salió de su desvanecimiento prorrumpió en amargos sollozos, diciendo que unos hijos de Belial le habían martirizado el cuerpo con sus picas y le habían robado el caballo que conducía sus cajas de reliquias.

El anciano Mateo, llegado en este momento, que no conocía á Sanderus ni jamás había oído hablar de él, le dirigió suspicaz mirada.

—¿Quién eres? le pregunta, ¿y qué hacías entre los Teutónicos?

—¿Que quién soy me preguntáis, poderoso caballero? respondió el vagabundo con cierto tono de reproche. Dignaos preguntarlo á ese príncipe valiente, que me conoce desde hace mucho tiempo.

Y señalaba con la mano á Zbyszko.

—Asimismo podéis preguntarlo á ese conde tchè-que, añade dirigiéndose hacia Chlava.

En seguida, después de haberse tragado de un sorbo un jarro de leche de burra que Zbyszko le había hecho traer para refrigerarlo, dice con voz sonora dirigiéndose al joven caballero de Bogdanietz:

—Señor, dos veces me habéis salvado la vida: hoy y el día de nuestro primer encuentro, cuando solo en el bosque hubiese sido devorado por los lobos, á no venir vos en mi auxilio. Desde aquel día guardo en mi corazón eterno sentimiento de gratitud hacia vos. Por eso he cumplido fielmente la promesa que os hice antes de nuestra marcha á Mariembourg. Habiendo sabido, gracias á mi buen olfato é inteligencia, cualidades que vos mismo habéis podido apreciar—ya sabéis, señor, que jamás me alabo, pero lo que es verdad es verdad—habiendo sabido, decía, que la hija de Pan Iurand,

vuestra esposa, noble señor, se hallaba encerrada en la torre de Ortelsbourg, me adherí á la persona de ese viejo bandido Sigifredo de Löwe como una sanguijuela. Me dije: Iré á donde él vaya, aunque sea al infierno, pero sabré lo que se propone hacer con su desgraciada prisionera. Y así le seguí desde Ortelsbourg hasta el castillo de Ragnet...

—Sanderus es un pecador, añadió, pero es hombre honrado.

—Te estoy sumamente agradecido por cuanto por mí has hecho, respondió Zbyszko en el colmo de la emoción. Ya sabré recompensártelo. Mas permíteme que te pregunte: ¿Puedes jurar por la salvación de tu alma que todavía vive en el actual momento?

—Os lo juro por mi salvación, dijo Sanderus con toda gravedad.

—¿No la harán sufrir? preguntó Zbyszko con voz sorda.

—Para deciros la verdad, yo creo que no le pegan, pues jamás he oído salir gritos ni de la torre en que estaba encerrada ni de la especie de cuna atada entre dos caballos, en la cual Sigifredo la hace conducir ahora á dondequiera que él va. Solamente la he oído cantar con voz entrecortada por el llanto, como pajarillo que se queja...

—¿Qué desgracia! murmuró entre dientes Zbyszko.

—Harnos conocer ahora, dice Mateo, dónde se encuentra actualmente Sigifredo de Löwe.

—Puedo fácilmente conducirlos allí. Ha abandonado la batalla—con su víctima, la criada encargada de su custodia y tres hombres—al apercebirse de que el ejército teutónico iba á ser derrotado por los lituanos. A estas horas habrá hecho alto en pleno bosque, al otro lado de la frontera, esperando refuerzo.

—¿Pero cómo es que te has dejado coger en lugar de seguir á Sigifredo en su retirada?

—Me había atado á la cola de uno de los caballos que transportan la cuna, dijo Sanderus, pero, á causa de una desgraciada caída, me recogieron del camino unos samogitianos que, á no ser por vuestro eficaz auxilio, con seguridad me hubiesen ahorcado.

Zbyszko interrumpió bruscamente estas palabras.

—¡Caballos! ¡pronto, caballos! gritó dirigiéndose á Chlava.

Este, como fiel escudero, no teniendo costumbre de discutir las órdenes de su amo, salió inmediatamente, mas Mateo llamó aparte á su sobrino para preguntarle si tenía absoluta confianza en Sanderus.

—Es hombre algo ligero, pero estoy seguro de que no me hará traición.—(Continuará).

LIMOSNAS

PARA COADYUVAR Á LA SANTA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

La Rápita.—D. José Cendrós, Pbro. 5 Ptas.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona